

de la milicia que crea necesaria, pudiendo igualmente establecer almacenes donde sea conveniente, nombrar ó suprimir oficiales hasta la categoría de brigadier general, tomar en donde quiera que se halle cuanto le haga falta para el ejército, y prender ó desterrar á todos aquellos que rehusen tomar parte en la concurrencia continental, ó que no favorezcan la causa americana, enviando á los culpables á los Estados de donde sean naturales para que se les juzgue por el delito en que hubieren incurrido.»

Estos poderes extraordinarios se confirieron á Washington por el término de seis meses, á menos que el Congreso no tuviese á bien retirarlos antes de espirar dicho plazo. Al notificar al Congreso que quedaba enterado de aquella medida, el comandante en jefe aseguró que haría cuanto le fuese posible para usar debidamente de las autorizaciones que se le concedían y que eran para él la mayor prueba de distinción.

1776. «Si mis esfuerzos, decía Washington, no se viesen coronados con el feliz éxito que yo deseo, confío que se achacará la falta á la verdadera causa, es decir, á la afflictiva situación de nuestros negocios y á las dificultades con que tengo que luchar, pero nunca á la falta de celo por mi país y sus intereses, que siempre he defendido y defenderé á todo trance.» En efecto, el comandante en jefe hizo uso de los poderes que se le acababan de conceder con toda la prudencia, sagacidad y espíritu patriótico que siempre le distinguieron.

Entretanto, en Inglaterra, las mayorías de ambas Cámaras del Parlamento apoyaron al ministerio en todas las violentas medidas que adoptaba, y aunque un pequeño grupo, en el cual figuraban hombres de distinguido talento, que temblaban por la libertad de la Gran Bretaña si se persistía en

proceder contra los colonos, se opuso á los proyectos del Gabinete, la gran masa del pueblo optaba por la guerra, con tanta mas razón, cuanto que la desgraciada campaña de los americanos en 1776 indujo á muchos á creer que aquella se acabaría muy pronto.

Pero en medio de su popularidad, pronto empezaron á multiplicarse los apuros del ministerio, pues á consecuencia de las hostilidades con las provincias americanas, las Islas de la India inglesa empezaron á experimentar una gran escasez en los artículos de primera necesidad. Por aquella época también y cuando la flota se disponía para hacerse á la vela para volver á Inglaterra, descubrióse que los negros de Jamaica meditaban una insurrección, y como á consecuencia de las levadas que se hicieron para el ejército de América, era muy escasa la guarnición de aquellas islas, los buques de guerra tuvieron que retrasar su marcha á fin de reprimir el movimiento. Gracias á esto, tuvieron tiempo los americanos para armar en corso algunos de sus barcos, y como á causa de una tempestad se dispersaron muchos de los buques de la flota inglesa, que acababa de hacerse á la vela, muchos de aquellos cayeron en poder de los cruceros, que como ya hemos dicho antes estaban autorizados para ir á vender sus presas en los puertos de Francia.

La hostil conducta de esta nación empezó á ser tan manifiesta que el Gabinete inglés no pudo menos de protestar contra ella, pero se contestó á sus observaciones como se acostumbra en tales casos, y continuó el tráfico de las presas hechas á los buques de la Gran Bretaña, aunque con alguna mas reserva, siendo evidente que tanto Francia como España hacían sus preparativos de guerra. El ministro inglés no pudo menos de comprender que se preparaba la tormenta, y

á fin de conjurarla dispuso entre otras cosas aumentar su escuadra con diez y seis buques mas.

El día 21 de octubre se abrió el Parlamento, y en el discurso de la Corona manifestó S. M. que le hubiera complacido en extremo asegurar que habían terminado los disturbios de las rebeldes colonias y que el pueblo de América, reconociendo sus errores, estaba dispuesto á prestar obediencia; pero que los jefes eran tan tenaces que habían renunciado abiertamente á continuar sus relaciones con la madre patria, rechazando toda proposición conciliatoria. El rey añadió que si no se dominaba la rebelión podrían seguirse perjuicios, no solo al comercio de la Gran Bretaña, sino al sistema general de Europa; que la conducta de los colonos convencería á todo el mundo de cuán necesarias eran las medidas adoptadas, y que si bien el éxito obtenido por las armas inglesas prometía los mas felices resultados, hacía preciso prepararse inmediatamente para otra nueva campaña. El monarca añadió, que aunque esperaba continuase la tranquilidad de Europa, sería oportuno aumentar los medios de defensa.

La contestación al discurso de la Corona se hizo en la forma acostumbrada, pero en ambas Cámaras del Parlamento se presentaron enmiendas; en la de los Comunes por Lord Juan Cavendish, y en la de los Lores por el marqués de Rockingham. Después de un animado debate, se desechó al fin la enmienda en la Cámara de los Comunes por doscientos cuarenta y dos votos contra ochenta y siete, y en la de los Lores por noventa y uno contra veinte y seis. Durante las sesiones del Parlamento se hicieron algunos esfuerzos para adoptar medidas conciliatorias, pero era tan poderosa la influencia del ministerio, que no se consiguió absolutamente nada, y los proyectos de los ministros recibieron la

aprobación y fueron sancionados por el Parlamento.

Siendo muy alarmante el estado de los negocios en América, era por demás urgente hacer algo para reanimar el espíritu público sumamente abatido por la retirada de Washington, quien se consagró con el mayor celo á conseguir este fin. Cuando los americanos cruzaron el Delaware, aproximábase el invierno, y como el general británico no pensaba continuar sus operaciones durante aquella inclemente estación, tanto mas, cuanto que esperaba aniquilar fácilmente á los enemigos, acantonó sus tropas mas bien con el objeto de que estuviesen preparadas á la marcha, que con el fin de batirse con un enemigo fugitivo. Como no temía ataque alguno, no pensó en distribuir convenientemente sus tropas para que se prestasen mútuo apoyo en caso de necesidad, y así es que estacionó un destacamento de unos mil quinientos hombres de las tropas de Hesse en Trenton, al mando del coronel Rahl, otros dos mil en Bordentown, mas allá del río, á las órdenes del conde Donop, y el resto del ejército se acuarteló entre el Hackensack y el Delaware. Seguramente que á juzgar por las apariencias, no tenía Howe motivo alguno para temer nada de los americanos, sobre todo contando con una fuerza numerosa, bien disciplinada y engreída con la victoria, lo cual le autorizaba á despreciar el débil y reducido ejército de Washington. Es de presumir que á Howe no le ocurrió nunca que el comandante en jefe se aventurara á tomar la ofensiva, pero Washington, con las fuerzas que tenía á sus órdenes resolvió anticiparse á los movimientos del general inglés y dar un golpe que demostrara al enemigo, así como también á toda la América, que la causa de la independencia no era de ningún modo desesperada.

Washington formó pues sus tropas en tres divisiones y acompañado de Greene y Sullivan se propuso cruzar el Delaware por Mc Konkey's-Ferry, á nueve millas de Trenton, para caer sobre las tropas de Hesse que se hallaban en aquella ciudad. La segunda division, á las órdenes del general Ewing, debia interceptar el paso de un puente por Assumpink, con el objeto de cortar la retirada al enemigo, y entretanto la tercera, mandada por el general Cadwallader, cruzaria por mas abajo, desde Bristol á Burlington. Si este plan se hubiera ejecutado en todas sus partes de la manera indicada, habriase conseguido seguramente apoderarse de toda la línea de los acantonamientos ingleses, mas por una série de obstáculos con que no se contaba, el resultado no fué completamente satisfactorio.

Eligióse para la expedicion el dia de Navidad, porque seria muy probable que las tropas del enemigo estuvieran de fiesta, y por lo tanto, alejadas de sus puestos. La noche era intensamente fria; el Delaware estaba cuajado de masas de hielo flotante y el viento que soplaba iba haciéndose cada vez mas insoportable; pero los soldados, á quienes animaba la indignacion por el ultraje inferido al pueblo de Nueva-Jersey y por los insultos de los Tories, se hallaban dispuestos á vencer ó morir por su patria y por su libertad.

Washington pensó que su division podria pasar á media noche, pero hacia tan mal tiempo, hallábase tan obstruido el rio y ocasionó tanto retraso trasportar la artillería, que ya eran las cuatro de la madrugada cuando el cuerpo de ejército comenzó á marchar en buen orden por la opuesta orilla. La oscuridad de aquella mañana de invierno aumentaba en intensidad á causa de una densa niebla que envolvía todos los

objetos; el camino iba siendo cada vez mas resbaladizo y la nieve azotaba el rostro de los espedicionarios. Conociendo que seria muy tarde cuando se llegara á Trenton, no se pensó ya en sorprender aquel punto, pero no quedando mas alternativa que seguir adelante, Washington continuó su marcha por el camino alto, en tanto que Sullivan se dirigia por el bajo, y á eso de las ocho de la mañana, ambos jefes encontraron las avanzadas del enemigo, que haciendo fuego protegidos por las casas, retrocedieron hasta la ciudad y dieron la voz de alarma. Los americanos les seguian tan de cerca que pudieron levantar una batería á la entrada de la calle principal antes que las asombradas tropas de Hesse pensaran oponer resistencia.

La situacion de Washington pudo haber llegado á ser verdaderamente crítica, pues Rahl habia recibido un aviso de Grant, participándole el proyectado ataque y cuándo debia empezar, lo cual obligó á este jefe á mantenerse alerta. Al anoecer del 25, un destacamento de americanos hizo fuego contra un piquete y se retiró al momento, (*) pero como no ocurriese nada despues, Rahl supuso que los enemigos habian desistido del ataque; y viendo que la noche era muy fria y tempestuosa, permitió á sus soldados que se retirasen á sus cuarteles. En aquel momento precisamente cruzaba Washington el Delaware.

Dícese que en la mañana en que tuvo lugar la sorpresa, Rahl, que habia estado de broma toda la noche, se hallaba aun jugando á los naipes, cuando le sorprendió el re-

(*) Gordon (vol. II, pág. 453) nos dice que el capitán Washington mandaba una partida de exploradores compuesta de unos cincuenta hombres, y que él fué quien hizo fuego á los ingleses, sin saber que avanzaban las fuerzas del comandante en jefe.

doble de los tambores americanos y las descargas de mosquetería. Comprendiendo lo que pasaba, dirigióse apresuradamente al cuartel, montó á caballo, se puso al frente de las tropas y trató de remediar su fatal descuido, pero todo fué en vano, pues á los pocos momentos cayó herido mortalmente y sus soldados le transportaron en sitio seguro. Entonces comenzó á cundir el desorden entre las tropas de Hesse, que trataron de huir por el camino de Princeton, donde les interceptó el paso un cuerpo de mil hombres, que situados allí prudentemente con aquel objeto, las obligaron á rendirse á discrecion. Seis cañones, una considerable cantidad de armas y cuatro banderas fueron los trofeos de la victoria de Washington, que en aquel momento de triunfo no olvidó sin embargo los deberes de la humanidad, puesto que acompañado de Greene fué á visitar al jefe moribundo y dulcificó sus últimos momentos con esas palabras de generosa simpatía que un hombre valeroso debe dirigir á otro aunque defienda una causa opuesta.

Las divisiones al mando de Ewing y Cadwallader no consiguieron cruzar el rio por la acumulacion del hielo flotante y la imposibilidad de desembarcar la artillería; á no ser por esto, el cuerpo de caballería ligera que huyó de Trenton hubiera sido cogido, y del mismo modo Cadwallader habria prestado un gran servicio á Burlington.

En este ataque los americanos perdieron solo cuatro ó cinco hombres, dos de los cuales murieron helados, lo cual prueba cuanta era la intensidad del frio durante aquella noche. En la tarde del 26 de diciembre Washington volvió á cruzar el Delaware, llevando sus prisioneros y las armas y artillería que cogiera al enemigo. Aunque la empresa no salió bien en todas

partes, fué completamente satisfactorio el resultado, tanto porque la dirigió el mismo comandante en jefe, como por el buen efecto que causó en el pueblo, á quien dejaron ya de inspirar temor las tropas de Hesse. Los prisioneros fueron revistados en las calles de Philadelphia para probar la realidad de la victoria, que negaban los amigos del gobierno británico; renacieron las esperanzas de los americanos, que vieron en aquel suceso una prueba de que sus enemigos no eran invencibles, y esto bastó para convencerles que la union, el valor y la perseverancia asegurarian el éxito. Los ingleses por su parte se persuadieron de que tenian que luchar con un hombre no menos atrevido que prudente, cuya energía y constancia no era fácil doblegar, y que tan pronto estaba dispuesto á retirarse cuando lo juzgaba oportuno, como marchar sobre el enemigo buscando la ocasion de convertir una derrota en victoria (*).

Aunque el general Cadwallader no pudo atravesar el Delaware en tiempo oportuno, creyendo no obstante que Washington se hallaba aun en la parte de Jersey, cruzó el rio el dia 27 á unas dos millas de Bristol, con mil quinientos hombres, y aun cuando le dijeron luego que el comandante en jefe acababa de marchar á Pennsylvania, él continuó hácia Burlington, y al dia siguiente encaminóse á Bordentown, de cuyo punto se retiró el enemigo apresuradamente apenas le vió aproximarse. El espíritu del pueblo se habia reanimado en Pennsylvania, y una numerosa milicia se puso de nuevo á las órdenes de Washington, quien volviendo á cru-

(*) Hácia fines de año, el Congreso recomendó eficazmente la observancia de un dia de ayuno, para rogar al Todopoderoso que perdonase los pecados del pueblo y protegiera al ejército americano. (Véanse los *Anales* de Holmes, vol. II, pág. 255.)

zar el Delaware el día 29, marchó sobre Trenton, donde á principios de enero de 1777 se encontró á la cabeza de cinco mil hombres.

Pero ya habia cundido la alarma en todo el ejército británico y un considerable cuerpo de tropas, al mando del general Grant se dirigió inmediatamente á Princeton, en tanto que Lord Cornwallis, que se disponia á marchar á Inglaterra, recibió orden para encargarse de nuevo del mando y dirigirse inmediatamente á Trenton juntamente con Grant. Al aproximarse aquellas fuerzas, trasladóse Washington á Assumpink-Creek, situándose luego en un terreno elevado frente á un riachuelo (*). Las tropas británicas avanzaron en la tarde del 2 de enero, y estuvieron cañoneándose con el enemigo hasta la noche, pues Cornwallis, á quien sus oficiales instaban para que atacase inmediatamente, creyó mas oportuno aguardar hasta la mañana, no dudando que así alcanzaria fácilmente la victoria.

Aquel fué un crítico momento para Washington y sus tropas: esperar el ataque hubiera sido una temeridad; intentar huir atravesando el Delaware era aun mas peligroso, y habiéndose convocado el consejo de guerra á fin de tomar un partido ú otro, adoptóse el atrevido plan de seguir la retaguardia de los ingleses, caer sobre sus almacenes de Brunswick y marchar luego desde Philadelphia á las montañas del interior de Nueva-Jersey. No podia perderse tiempo en la ejecucion de este plan, y por lo tanto enviáronse los bagajes por el rio Burlington,

(*) Al hablar Marshall de lo importante que era para Washington obtener noticias secretas acerca de los planes de Cornwallis, dice que en aquel crítico momento Mr. Roberto Morris, valiéndose de su crédito particular, facilitó quinientas libras al comandante en jefe, quien las empleó en el objeto indicado, por no ser posible conseguirlo de otro modo. (*Vida de Washington*, vol. I, pág. 131.)

mantuviéronse encendidas las hogueras, las patrullas hicieron su ronda ordinaria y para mejor engañar al enemigo, marcharon algunos hombres á trabajar en las trincheras de modo que les oyesen los centinelas. A eso de media noche, el ejército abandonó en el mayor silencio el campamento y se puso en marcha con direccion á Princeton dando un rodeo por Allentown.

Aunque era aquella la peor estacion del año, el tiempo favoreció á los americanos, quienes temieron en un principio que el estado de los caminos no les permitiera hacer una marcha rápida; pero felizmente hubo un repentino cambio en la atmósfera, sopló un viento fuerte y seco que endureció la tierra, y entonces los soldados, persuadidos de que la Providencia les favorecia una vez mas, emprendieron la marcha alegremente.

Cornwallis habia dejado tres regimientos en Princeton al mando del coronel Mawhood, y como éste recibiera la orden de avanzar el 3 de enero, resultó de aquí que al amanecer de dicho día se avistaron los ingleses y las tropas continentales, con las que trabaron inmediatamente la lucha. Apostados los americanos detrás de un vallado, hicieron un fuego muy nutrido sobre sus contrarios, pero éstos calando bayoneta atacaron luego con tal impetuosidad, que obligaron á sus enemigos á huir precipitadamente abandonando su posicion. Perseguidos y perseguidores se detuvieron sin embargo de pronto, al ver que se aproximaban las fuerzas mandadas por Washington, el cual viendo lo que sucedia, corrió presuroso á reunir sus desordenadas tropas, siendo aquella quizás la ocasion en que estuvo mas espuesta su vida. Ingleses y americanos se formaron bien pronto en orden de batalla preparándose á continuar el fuego, en tanto que Washington, que se dejaba llevar de su ardor, se

vió por algunos momentos en inminente peligro, sirviendo de blanco á las balas enemigas. Dios sin embargo quiso conservar la vida para servir á su pais, y viéndose ileso animó á su gente para que se lanzara al ataque, pero Mawhood, que estaba herido y que veia llegar nuevos refuerzos del enemigo, abandonó el campo dejando allí su artillería, y continuó precipitadamente su marcha para reunirse con Cornwallis.

Entonces Washington avanzó hácia Princeton, dispersó á un regimiento británico que encontró al paso é hizo varios prisioneros en la ciudad. La pérdida de los ingleses fué de cien muertos y trescientos prisioneros, mientras que los americanos solo tuvieron treinta bajas incluso varios oficiales; la pérdida mas sensible fué la del general Mercer, valiente y entendido militar, que herido mortalmente espiró el 12 de enero, siendo aquella muerte profundamente sentida por sus paisanos.

Llegada la mañana descubrió Cornwallis con el mas profundo disgusto que Washington se le habia escapado de entre las manos y por algun tiempo estuvo perplejo sin saber hácia qué punto se habria dirigido el jefe americano; pero bien pronto el estruendo del cañon que se oia hácia la parte de Princeton le hizo comprender lo que acababa de pasar, y justamente alarmado y temiendo cayesen en poder del enemigo los almacenes de Brunswick, marchó inmediatamente para evitar aquel contratiempo. Ya hemos dicho que el objeto de los americanos era dirigirse á marchas forzadas á Brunswick, donde estaban depositados todos los bagajes del ejército inglés; pero la fatiga de las tropas, que no habian comido ni descansado en dos dias y dos noches, impidió que se llevase á cabo este plan. En su consecuencia, el general Washington continuó mar-

chando hácia Morristown, y aunque Cornwallis le iba picando la retaguardia, los americanos cruzaron el rio Millstone, rompieron luego el puente de Kingston y evitaron con esto la persecucion. Ambos ejércitos se hallaban tan fatigados que ni el uno pudo continuar su marcha ni el otro su retirada, por cuyo motivo el general Washington tomó posicion en Morristown en tanto que Cornwallis se dirigió luego á Brunswick, donde encontró á todos muy alarmados y dispuestos á trasladar los bagajes y defender la plaza.

Washington se acuarteló en Morristown, situándose entre unas colinas donde era difícil atacarle y desde las cuales podia retirarse fácilmente, cruzando el Delaware en caso necesario. Una vez hecho esto, dispuso que sus tropas descansaran un poco, recorrió luego la parte Este y Oeste de Jersey, estendió su ejército por el Raritan, y penetrando en el condado de Essex se hizo dueño de la orilla opuesta á la isla de Staten. Aunque Washington no disponia mas que de un pequeño ejército, fueron tan acertados sus movimientos que pudo contrarrestar el progreso de los ingleses é impedir sus conquistas en Jersey. Brunswick y Amboy eran los únicos puntos que aun conservaba el enemigo en su poder, pero no sin verse continuamente hostilizados por los destacamentos americanos, que moviéndose en todas direcciones con incansable actividad, sorprendian á menudo las avanzadas británicas teniéndolas en continua alarma, gracias á su destructor sistema de guerra (*).

(*) Véase el apéndice primero al final del presente capítulo, donde se reproduce una carta del general Robertson al gobernador Livingston, de Nueva-Jersey, y la contestacion de este último, documentos ambos del mayor interés y que dan á conocer la situacion de los negocios á principios de 1777.